

COCOLICHE. (Asomándose a la reja.) ¿Quién vive?

ROSITA. (Tapándose la cara con un abanico «pericón» y fingiendo la voz.) Gente de paz.

COCOLICHE. ¿No vive en esta casa por casualidad una tal Rosita?

ROSITA. Está tomando los baños.

COCOLICHE. (Haciendo ademán de retirarse.) Pues que le sienten bien.

ROSITA. (Descubriéndose.) ¿Y hubieras sido capaz de retirarte?

COCOLICHE. No hubiese podido. (Meloso.) A tu lado los pies se vuelven de plomo.

ROSITA. ¿Sabes una cosa?

COCOLICHE. ¿Qué?

ROSITA. ¡Ay, no me atrevo!

COCOLICHE. ¡Atrévete!

ROSITA. (Muy seria.) Mira, yo no quiero Mira, yo no quiero ser una mujer impúdica.

COCOLICHE. Y a mí me parece muy bien.

ROSITA. Mira, es el caso...

COCOLICHE. ¡Acaba ya!

ROSITA. Me taparé con el abanico.

COCOLICHE. (Desesperado.) ¡Hija mía!

ROSITA. (Con la cara tapada.) Que me caso contigo.

COCOLICHE. ¿Qué estás diciendo?

ROSITA. ¡Lo que oyes!

COCOLICHE. ¡Ay, Rosita!

ROSITA. En seguida...

COCOLICHE. En seguida voy a escribir una carta a París pidiendo un niño...

ROSITA. Oye, a París de ninguna manera, porque no quiero que se parezca a los franceses con el chau, chau, chau.

COCOLICHE. Entonces...

ROSITA. Lo pediremos a Madrid.

COCOLICHE. ¿Pero lo sabe tu padre?

ROSITA. ¡Y me lo permite! (Se quita el abanico.)

COCOLICHE. ¡Ay, Rosita mía! ¡Ven!